

S.O.S.

Neuróticos al volante: peligro de muerte. Un ciudadano, que en su vida diaria se comporta con normalidad, puede convertirse en un peligro para los demás al sentarse ante un volante: en el automóvil, el tímido, el acomplejado, tratan de liberarse de sus inhibiciones. Hay que tener cuidado, el neurótico se encuentra en acción...



Prof. DI AIGELBURG

ES indudable que los hombres se transforman cuando se sientan ante un volante. Esto, naturalmente, no les sucede a todos; pero sí a muchísimos, y no en el sentido de mejorar, respecto a su comportamiento habitual, sino lo contrario. Este cambio es, precisamente, uno de los factores principales de los accidentes de circulación. Estos accidentes se deben, por lo menos en el ochenta por ciento de los casos, al «factor humano» y tal factor no se refiere solamente a enfermedades como la epilepsia, las cardiopatías, la diabetes, a determinados malestares imprevistos o al alcoholismo, sino más frecuentemente a errores o imprudencias no debidas a pérdidas del dominio de sí mismo o del vehículo, sino a acciones conscientes o inconscientemente provocadas.

Los automovilistas que, sentados ante el volante, se transforman, esencialmente los neuróticos que, desgraciadamente son actualmente muy numerosos, podríamos definirlos como personas de sana constitución psíquica, pero que se encuentran insatisfechos e inseguros por diversos factores personales y ambientales. El automóvil hace **SIGUE**

NEUROTICOS AL VOLANTE





El conductor peligroso no es sólo el inexperto o el que desdeña el Código de la Circulación, sino sobre todo el neurótico, un hombre absolutamente incontrolado.

aflorar los elementos neuróticos de la personalidad que, en la vida normal, están enmascarados, por lo menos para el observador superficial. Consideremos el caso más típico: el del adelantamiento imprudente que puede producirse además de por la prisa, por la impaciencia y el enojo de tener a alguien delante de sí o por sentirse afrentado si se es adelantado por otro vehículo. Todas éstas son actitudes neuróticas. El adelantamiento también se debe frecuentemente a motivos personales y, precisamente, a un factor psicológico en el cual desempeña un papel decisivo la inconsciencia. Las razones del adelantamiento se buscan en el instinto de la potencia, en la necesidad de hacer ostentación, en la agresividad y en el complejo de inferioridad. Cuanto menos seguridad tenga un hombre en su trabajo, en su familia o en la sociedad, tanto mayor necesidad tendrá de demostrarse a sí mismo y a los demás, cuando está en un automóvil, de que es alguien. El adelantamiento simboliza esta ilusoria satisfacción de borrar, con una excitante demostración de superioridad, el sentimiento de inferioridad identificado en el hecho de tener que marchar detrás de otro automóvil.

Pero veamos algunos tipos de personas cuyo comportamiento en el volante no es el mismo que el observado en su vida cotidiana. Aquí tenemos al tímido que, en su forma de conducir y en la velocidad, ve desaparecer su actitud y se convierte en agresivo; se siente fuerte y poderoso porque el motor de

su vehículo responde a sus deseos; se siente capaz de comportarse con desenvoltura; en resumen, se toma su revancha. Y tenemos el fracasado, exasperado por una penosa serie de sanciones y de prohibiciones; el marido constantemente sometido a su mujer; el empleado, el jefe de la oficina, el profesional obstaculizado en su carrera o el inválido que no ha sabido adaptarse a su defecto; todos ellos consideran su propio automóvil como el objetivo sucedáneo en el que pueden exteriorizar su reprimida agresividad en forma de rabiosos acelerones capaces de destrozarse el motor, los frenos y los neumáticos, para transformar el vehículo en una especie de proyectil aun en los puntos de mayor peligro.

Otro tipo es el indeciso; en circunstancias normales consigue ocultar bastante bien su vacilación, que llega hasta los límites de la enfermedad de la duda, dando francamente la impresión de tener un temperamento frío y perfectamente equilibrado, pero, en situaciones anómalas, como se presentan fácilmente conduciendo un automóvil, «pierde los estribos» y cae presa de su titubeo e incertidumbre constitutivos.

El exhibicionista necesita ponerse en evidencia, atraer la atención ajena porque solamente así tiene la impresión de afirmar su propia capacidad a los ojos de los demás. No puede hacer esto en la vida habitual y lo hace cuando conduce, lanzando al máximo el motor, para demostrar su propia habilidad

en esta exhibición o cuando tiene a su lado una compañera.

El extravagante se sienta en el volante presa de una especie de alucinación que es un verdadero alejamiento de la realidad; sueña con los ojos abiertos y se comporta como si fuese omnipotente, sale del mundo real hacia un mundo mágico en el que se encuentra



capaz de superar todas las dificultades y desafiar cualquier peligro.

Se puede decir, en suma, que la conducción de un vehículo es uno de los modos más inmediatos de manifestarse la verdadera personalidad. Mientras que en las circunstancias corrientes la razón frena y oculta las reacciones emotivas, conduciendo un automóvil es difícil esconder tales reacciones que precisamente en los neuróticos son precisamente alteradas y desproporcionadas.

Pero, ¿qué significado tiene, por tanto, el automóvil en todos estos casos? Evidentemente una significación diferente de lo que es en realidad, es decir, un medio de locomoción y se convierte en un símbolo del nivel social, de la capacidad, de la eficiencia y, sobre todo, una proyección del propio modo de ser al exterior. Se vive una cualidad del automóvil como si fuese el individuo el que la poseyera. En los ejemplos citados tiene lugar un proceso psíquico especial por el cual el hombre se identifica con su vehículo y esta identificación hace surgir factores instintivos de la vida infantil, como son, precisamente, el exhibicionismo, la agresividad, la indecisión y la evasión por la fantasía.

Para decir verdad, también las personas normales están sujetas, en mayor o menor grado, a esta transformación y cuando se encuentran ante el volante tienden a comportarse, a veces, de un modo diferente de cuando son peatones. ¿Quién de nosotros, confesémoslo, no se ha comportado, por lo menos alguna vez, como un exhibicionista, un agresivo o un tímido? En otras palabras, todos nos sentimos algo identificados con el vehículo, pero siempre en menor grado que los neuróticos y eso se corrige casi inmediatamente con un adecuado autodomínio. En los neuróticos, en cambio, pequeñas causas, preocupaciones o fatigas, producen la exteriorización de los comportamientos que hemos descrito, los cuales tienden a invadir el conjunto de la personalidad y, por consiguiente, a convertirse en manifestaciones incontralables.

PROF. DI AICHELBURG

(Fotos EUROPA PRESS,
ALCOBA Y DIRECCION
GENERAL DE TRAFICO)

NEUROTICOS AL VOLANTE



He aquí — a la izquierda — el sistema de Foto-Control o Traffipax para captar infracciones del Código. Pero a pesar de estas medidas, las imprudencias, o la neurosis, continúan provocando trágicos accidentes.